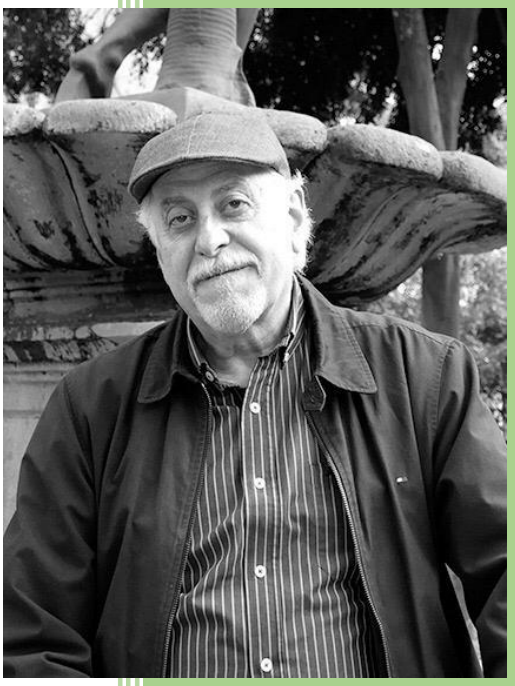
la estepa florecida

Jorge Boccanera



poesía

POLVO PARA MORDER (III)

Bésale las piernas a la poesía
aunque diga que no, que aquí nos pueden ver.
Bésale las palabras, hurga su lengua hasta
que abra los brazos y diga ¡santodios!
O hasta que santodios abra los brazos de escándalo,
bésale a la poesía, a la loba,
aunque diga que no, que hay mucha gente, que
aquí nos pueden ver.
Bésale las piernas, las palabras,
hasta que no dé más, hasta que pida más,
hasta que cante.

AVENTURAS

Sordomuda,
vivimos maniatados espalda con espalda
y alguien rasga la tienda donde estás prisionera:
lengüita azul no vayas a llorar
afuera los caballos resoplan intranquilos
y hay varios centinelas para una sola piedra.

Remo de mi canoa, mensajera, tu lengua brilla
junto al fuego cuando estamos espalda con espalda.
No vayas a hacer ruido,
hay jirones de tedio en los arbustos,
cantimploras vacías.

Loca de amordazada, emperrada, cautiva,
hay clavos oxidados en tu lengua, hay soldados de plomo.
Los he visto acampar y procurarse leña,
he visto sus cabezas rapadas, sus uniformes sucios.

Cada noche soñamos que un caballo de vidrio
muerde las ataduras,
pero amanece y vamos espalda con espalda.

UNIVERSO

El poeta, como el cazador pobre,
a lo que salga.
Baldomero Fernández Moreno

El domador que mete su cabeza dentro de la boca
del león, ¿qué busca?
¿La lástima del público?
¿Que tenga lástima el león?
¿Busca su propia lástima?

El poeta que arroja su anzuelo en la garganta de la Sordomuda,
¿qué busca?
¿La lástima del público?
¿Que tenga lástima la Sordomuda?
¿Busca su propia lástima?

Y el público, ¿está loco? ¿por qué aplaude?

SUMA

Los días no contaban para mí,
bastaba la palabra.
Yo escuchaba en cuclillas cómo alguna palabra
conversaba con otra.
No contaban los días.
Pero extravié palabras y los días me siguieron
de cerca con sus largos abrigos
Yo iba mirando el suelo.
“Ese no cuenta el cuento”, vaticinaron unos.
Yo no escuchaba a nadie, yo contaba con ellas.
Los días fueron como trapos mojados en los pies.
Habité días feroces porque perdí palabras.
Eran contadas y eran, al fin, las que contaban.
El tiempo es implacable.
El que pierde palabras tiene los días contados.

ALEJANDRA PIZARNIK ABRE SU CUADERNO DE APUNTES

a Jorge Arturo

El hombre que saca la cabeza del agua,
es un pez que se asfixia.
El pez que mete la cabeza en el agua,
es un hombre y se ahoga.

El poeta escribe en la línea del agua,
y se asfixia,
y se ahoga.

EL DESESPERO

¿Alguien se detiene a pensar en los 33 años
que llevan madres, abuelas y familiares de
esta tortura infinita de no saber…?
Chicha Mariani, Abuela de Plaza de Mayo

a Juan Gelman

Hay un universo callado en el agua arremolinada de
la espera.
Afanes del plantón. Anhelo en la aridez.
La garra de escarbar habita en los apremios de una
estaca.

Un vacío-recodo donde el ansia se crispa.
Toda una vida, ¿prólogo de la muerte?
Toda la muerte, ¿insistencias de vida?
La espera es mano de obra esclava.

La falsedad
mete su pico largo en la fe del que aguarda,
mastica sus deseos, roba las mantas del dormir.

Crudos son los trabajos del mientras tanto.

MONÓLOGO DEL NECIO

¿Quién escribe? El hambre. La voracidad escarba,
agita un esperpento con los ojos vacíos. No hay letra,
hay dentellada. Lo que repuja y muerde.
Feroz el escribir: cada tecla un muñón, clavo que raya
    el muslo del silencio.
¿Quién responde? Una voz corroída. Punta
de un corazón mellado que va sobre su presa
    respirando preguntas.

Eso se come, gula del vacío.

AFANES DEL POETA

a Oscar Hahn

Paso el peine,
quito las hojas secas, lo ampuloso,
el oropel y el loro,
los piojos del decir.

¿Me salvé por un pelo?
¿Hubo un pelo en la sopa?

Otra vez paso el peine, es un peine muy fino,
quito la carambada,
las enumeraciones de la trenza, lo brumoso
    y sus rulos.

De nuevo paso el peine,
saco el abrojo y el aceite rancio,
el comején,
el *troppo ma non troppo*.

Por las palabras, por los sueños
paso una vez, paso otra vez el peine, busco
lo despojado, ese vislumbre,
lo desguarnecido.

Otra vez paso el peine
por la cabeza calva de la vida.

FIBRAS

a José Ángel Leyva

Asomará un venado para el que siembra tiempo, lo fabrica,
largas hojas de tiempo, muy delgadas, con hebras, cerdas,
hilos, filamentos, hilachas,

y escribe sobre el tiempo de rodillas, sobre un manto de sombras,
y camina después por la hoja en blanco donde la noche está
despierta.

Asomará el venado si el que escribe mete las manos en el tiempo
y roe, lo muerde, lo desgasta, lo adelgaza, lo vuelve tegumento**,**
membrana.
Cuando el tiempo -pellejo de palabras- roce fugaz el aire,
asomará un venado.

ARDER

Cuando nos besamos trituramos un ángel.
Su última voluntad será nuestro deseo.
Tiempo habrá para escupir sus vidrios de colores,
    su sombrero de plumas,
barajas manoseadas por tahúres y ahora

hay que hacerlo entrar,
ofrecerle licor (que él viene de morirse),
acercarle una silla (que lee en la oscuridad).

Dirá sus baratijas,
su forma de guiarnos al secreto de la vieja estación.
Dirá que el vino está hecho de hojas secas,
que puede hacer un fuego con tu rostro y el mío.
(Ni un centavo de luz a su trabajo).

Cuando nos besamos desollamos un ángel,
un condenado a muerte que va a resucitar en
    otras bocas.
No tengas lástima por él, sólo hay que hincar el diente,
    y triturar el ángel.
Abrir tus piernas blancas y darle sepultura.

PALMA REAL (XI)

La espuma de unos cuerpos que perduran
en susurros de óxido y salitre
Enrique Molina

Somos apenas un jirón de la brisa esta tarde de
octubre en Tortuguero, donde un brazo del río
se retuerce hasta juntarse con el mar y un perro
vagabundo va de un paisaje a otro.

Nos abrazamos en un reino de rafia sobre la arena
negra, los nidos de cangrejo, olas de baba roja los sargazos,
serpentina y raíces oxidadas junto a joyas podridas, maderos
anudados en su mudez y el perro
    va delante,
sus patas dibujan en el barro estrellas de tres puntas.

El desove de la tortuga verde llena de moscas esta
esquina del mundo. En las entrañas suenan retumbos
de la lluvia. El mosquerío y la belleza copulan en el
    paisaje carcomido.

Nada es verdad. Todo es exceso.

PALMA REAL (LXVI)

a Jeannette

Vos conmigo.
En el aire brilla el salto de un jaguar.
Llueve y es plumaje amarillo lo que cae, escarcha
    verde, lenguas rojas.
El bosque se calza su armadura de niebla y un árbol
    gigantesco tiembla en la breve telaraña.
Caminamos una alfombra de insectos de ceniza y
    sílabas quebradas.
Yo con vos.
La mariposa parpadea.
Unos labios se intuyen bajo el barro volcánico.
Al interior de la palabra “caoba”, todo se hace silencio.
La selva te respira, la respiras. Chicharras en la boca
    del tigre y piedras aulladoras,
enormes abejones que bailan en una sola pata.

El bosque es filigrana, bruma de la quebrada, helecho
y bien arriba el roce del musgo con las nubes.
Una voz: “Deja sólo tus huellas”.
Otra más: “Escucha, huele, mira”.
Agua que trastabilla, guacamayas en un aire de
    asombro.
La lluvia duplicando al coyote, al zorro hediondo,
    los monos cariblanca y al pisote.
Vos conmigo.
Va a aparearse el toledo y el corazón de todos se
    detiene.
Los senderos acercan lo distante. Laberintos hundidos

bajo los lodazales.

Yo con vos.

El tiempo transpira 400 plumajes diferentes, 100 mamíferos

extraños uno al otro, los imposibles rostros

de la orquídea. Y fumarolas. Y relámpagos.

Taladrando el follaje caen goterones despanzurrados.

Es remoto y futuro lo que veo.

Vos conmigo.

En este gran caldero,

la cuchara de Dios mezcla la selva.

LA NIÑA DE LA MALLA ROJA

El cuerpo de la niña de la malla roja gira en la rueda de madera. Va maniatado en ese disco, como si formase parte
de su ser y el movimiento se hiciese uno con su respiración.

Ningunos de los espectadores boquiabiertos y con el corazón detenido por el riesgo del acto, sospecha que la niña en lugar de girar al ritmo que le impone la rueda, está volando.
Tampoco les ha dado a pensar si detrás del antifaz de lentejuelas sus ojos lagrimean, sonríen o van envueltos en un sueño.
Menos se les ocurriría que en este mismo instante está abriendo los ojos para ver lo que da vueltas a su alrededor: un elefante de cabeza, la carpa multicolor borracha, los globos que descienden y el payaso a los tumbos. El mundo tal cual es, patas arriba.

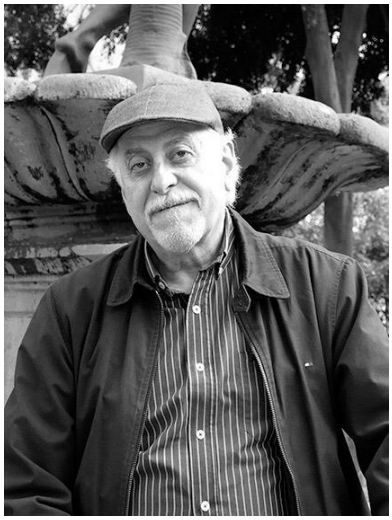
La niña de la malla roja gira en la rueda de madera a gran velocidad; el cuerpo atado, las manos y los pies sujetos con correas de cuero. El cuello igual.

El hombre de la capa negra elige sus cuchillos ordenadamente dispuestos sobre un paño azul, en la pequeña mesa de madera.
Acaricia el filo para cerciorarse de su poder devastador, toca la punta con su índice enguantado.

Su ayudante le acerca un abanico de puñales; él cierra un ojo y toma puntería; los arroja sin pausa, vertiginosamente.
Ninguno da en el blanco. La gente aúlla, aplaude, ovaciona de pie al hombre que ha errado cada tiro.

Tras saludar mintiendo una sonrisa, el hombre de la capa negra abandona la pista; mastica una rabia profunda y macerada.
El elefante deja la alfombra de aserrín. El payaso borra su gran boca pintada. El público deja lentamente la carpa.

Nadie aplaude a la niña de la malla roja, que en su volar en círculos eludió una vez más los lances de la muerte.



Jorge Boccanera por **Pascual Borzelli**

Jorge Boccanera (Argentina, 1952). Poeta, crítico, periodista. Entre sus libros de poesía figuran: *Los ojos del pájaro quemado*, *Polvo para morder*, *Sordomuda*, *Bestias en un hotel de paso*, *Palma Real* y *Monólogo del necio*, algunas de sus antologías personales fueron traducidas al francés, italiano y griego. En 2019 apareció en Argentina la compilación *Tráfico / Estiba*, que reunió su obra publicada. Obtuvo entre otros galardones, el Premio Internacional "Camaiore" (Italia), "Casa de América" (España), Premio Honorífico "José Lezama Lima" (Cuba) y el premio Iberoamericano "Ramón López Velarde" (México). Coordinó en Buenos Aires la Cátedra Abierta de Poesía Latinoamericana de la Universidad Nacional de San Martín.

La presente selección de poemas ha sido realizada por el propio autor para ***la estepa florecida*** en febrero de 2025.